

Tema 8: La Sociedad Internacional en la que actúan los Servicios de Inteligencia

(publicado por el IEEE)

El análisis de la realidad social del mundo actual implica, en primer lugar, estudiar los factores que influyen en las relaciones internacionales; cuyo conocimiento, precisamente por ello, resulta indispensable para ayudar a encontrar explicaciones racionales al comportamiento de los actores que se relacionan en dicha sociedad, e incluso para tratar de anticipar sus comportamientos. En segundo lugar, implica caracterizar a los actores mismos, que, por ser los protagonistas vivos de la Sociedad internacional, van a determinar su estructura, sin cuya comprensión difícilmente se podrán extraer conclusiones acertadas sobre los caracteres fundamentales del sistema internacional en los albores del siglo XXI, que es donde actúan los servicios de inteligencia, y cuyo análisis se abordará en tercer lugar.



Los factores que influyen en las relaciones internacionales.

Como es bien sabido, los factores que dejan sentir su influencia en los actores que protagonizan la vida de la Sociedad internacional, que, en ese sentido, la condicionan y, en buena medida, la determinan, forman una lista bastante numerosa, siempre abierta a nuevas incorporaciones y con una intensidad variable en su importancia y en las relaciones entre ellos. A pesar de esta advertencia relativizadora, resulta conveniente realizar una serie de consideraciones, sin ánimo de exhaustividad, en relación a alguno de los factores que son citados de forma recurrente por la doctrina científica como explicativos de las relaciones internacionales, porque ello nos va a permitir comenzar a dibujar el contexto en el que se mueven los Estados y sus instituciones —entre ellas, los servicios de inteligencia.

Siguiendo una aproximación tradicional al análisis de los factores, comenzaremos por el geográfico, en sentido amplio, y dentro de él, hay que subrayar que, tanto como a finales del siglo XIX —momento en el que RATZEL creó una nueva ciencia donde se estudiarían las relaciones entre la geografía y la

política—, la geopolítica sigue teniendo hoy una importancia esencial en el análisis de la Sociedad internacional; tanta que en la actualidad se habla, además, de geoestrategia, de geodemografía y, sobre todo, de geoeconomía, como sectores de conocimiento que ayudan a explicar y/o a anticipar comportamientos. Dentro de este último ámbito, la geoeconomía, destaca de manera poderosa la situación geográfica y el control político efectivo de los recursos naturales; sobre todo, aunque no exclusivamente, de los recursos energéticos —reservas de petróleo y gas, fundamentalmente—. De hecho, no pocos estudiosos de la geoeconomía y la geopolítica señalan la región que va desde Oriente Medio, la cuenca del Caspio y el Asia Central como el nuevo heartland debido a que dos de las tres regiones con reservas de petróleo y gas más grandes del mundo se encuentran precisamente en esa zona .

El factor demográfico es el segundo de los grandes factores que ayudan a explicar las relaciones internacionales. Dentro de él, desde luego el llamado capital humano juega un papel esencial tanto en las políticas nacionales como internacionales de los Estados y organizaciones internacionales, y ello desde muy diversos puntos de vista: económico, social, ecológico, científico y, por supuesto, militar. Sin embargo, son probablemente los desequilibrios en el reparto y crecimiento demográfico y sus efectos la cuestión que de manera más acuciante viene a poner a este factor en el primer plano de las preocupaciones de los Estados. Y es que este es uno de los aspectos donde se visualiza con mayor crudeza la separación existente entre los llamados países del Norte y del Sur.

Separación que no hace sino acrecentarse, muy peligrosamente habría que añadir, si el factor demográfico no se analiza tanto desde un punto de vista meramente cuantitativo sino cualitativo y en relación con otros dos factores de importancia esencial en el mundo actual: la economía y el medio ambiente. En efecto, ya en 1973, durante la 4ª Cumbre de los Países No Alineados, celebrada en Argel, se anunció que el 70% de la población mundial vivía en los países en vías de desarrollo y que tan solo producían el 30% de la renta mundial; mientras que el 30% que vivía en los países desarrollados generaba el 70% de la riqueza. Estas cifras, ya entonces escalofrantes, no han hecho sino ampliar su diferencial en las décadas posteriores, siendo hoy “1.000 millones de personas que viven en países desarrollados (y) perciben el 60% de la renta mundial, mientras que los 3.500 millones de habitantes de los países de bajos ingresos consiguen menos del 20%”.

En palabras de Colard:

Si esta peligrosa situación perdura, un conflicto Norte/Sur es casi inevitable. (...). El verdadero problema reside, por lo tanto, en proceder a un reparto más racional y equitativo de la riqueza entre las naciones, para evitar que, muy pronto,

los que gozan de bienestar no sean más que 700 millones y los pobres sean más de 7.000 millones de personas en 2005 .

Esto es, mañana. Pues bien, esta situación, que no hace sino empeorar paulatinamente, provoca en el corto plazo enormes movimientos migratorios que, junto con los numerosos, indudables y extraordinarios beneficios que aportan a los Estados receptores, suponen, en primer lugar, un sufrimiento humano indecible para las personas que se ven forzadas a partir de sus países y, en segundo término, genera problemas concretos de distinta naturaleza y de gravedad variable, aunque en buena medida, relativa, en los países receptores; incluido el ámbito de la seguridad y, dentro de él, muy especialmente, el control de redes mafiosas internacionales de muy distinto tipo y actividad . El factor económico en sentido amplio —esto es, comercial, financiero y monetario— supone también un elemento de influencia en el comportamiento de los actores internacionales de gran envergadura.

No se trata aquí sólo de la voluntad de controlar el acceso a la producción y el mercado de materias primas —cuestión referida con anterioridad, si bien en relación a su situación geográfica— o de las grandes vías de comunicación tales como canales interoceánicos — Suez, Panamá— o grandes vías marítimas — Gibraltar. Se trata también de la competencia, cada vez más feroz, que el mundo económico globalizado introduce entre las grandes empresas — transnacionales o no— y que en buena medida arrastra a los Estados, fundamentalmente del Norte desarrollado, en sus comportamientos de política exterior.

Lo anterior podría no comprenderse bien, sin embargo, sin profundizar algo más en un nuevo factor de importancia creciente en la Sociedad internacional como es el técnico y científico. Como muy bien explicara Marcel Merle: El progreso técnico afecta bajo todas sus formas (política, militar, cultural y económica) al juego de las relaciones internacionales. Acentúa la interdependencia de los elementos constitutivos del sistema y favorece la unificación del campo de actuación de todos los actores. Pero, al mismo tiempo, acentúa los contrastes, las diferencias de poder entre los actores e introduce nuevas fuentes de tensión y nuevos factores de dominación.

Esta doble faceta como generador de confianza, de lazos de unión más profundos y de una mayor interdependencia, de un lado, y de desigualdades cada vez más abismales, así como de tensiones y, en consecuencia, de desconfianza y temor, de otro, hace que estemos ante un factor de las relaciones internacionales complejo y de difícil concreción, a la vez que en las últimas décadas se ha convertido en vector fundamental de todo el devenir de la Sociedad

internacional. En efecto, en la época de la, tan manida y muy pocas veces bien comprendida, Globalización, nada puede entenderse, y mucho menos ella misma, sin un análisis en profundidad de los avances tecnológicos y científicos que la han hecho posible, a ella y a todo lo que conlleva. Nos encontramos, siguiendo a Castells, en un momento en el que el mundo se halla en plena transformación como consecuencia del surgimiento de un nuevo paradigma tecnológico.

Y es que, el núcleo central de dicha transformación se encuentra en las “tecnologías del procesamiento de información y comunicación” (13). Que, como todo lo que tiene que ver con la innovación tecnológica y científica, posee dos caras bien diferentes. Por ello no debemos olvidar que, como muy acertadamente defiende Castells:

La capacidad o falta de capacidad de las sociedades para dominar la tecnología, y en particular las que son estratégicamente decisivas en cada periodo histórico, define en buena medida su destino, hasta el punto de que podemos decir que aunque por sí misma no determina la evolución histórica y el cambio social, la tecnología (o su carencia) plasma la capacidad de las sociedades para transformarse, así como los usos a los que esas sociedades, siempre en un proceso conflictivo, deciden dedicar su potencial tecnológico.

Muy unido a lo anterior nos encontramos con el factor mediático, que, si bien existe ya en buena medida desde el S. XIX en el plano internacional, al menos en sus albores —como consecuencia de la aparición de los primeros medios de comunicación de masas que generaron el embrión de opinión pública, tan necesaria para definir la democracia—, será en el mundo actual, como consecuencia del desarrollo de las tecnologías de la información, cuando comience a desplegar buena parte de sus efectos, entre los que cabe destacar la creación, por primera vez de manera global, de una verdadera y real opinión pública mundial.

La “aldea global” de McLuhan comienza, de este modo, a adquirir verdadero significado, que se concreta, de un lado, en lo que se ha venido a denominar “el factor CNN” y, de otro, en las enormes manifestaciones de millones de ciudadanos que se celebraron a lo largo y ancho del mundo el mismo día —el 15 de febrero de 2003— clamando contra una intervención militar unilateral en Irak. Fecha que quedará en la historia como la primera manifestación verdaderamente mundial ocurrida en nuestra pequeña aldea global.

Finalmente, el factor ideológico —o espiritual, cultural o identitario, en definitiva, no material— que, lejos de haber disminuido o incluso desaparecido su grado de influencia en los actores internacionales tras el final del conflicto Este-Oeste, continúa siendo un factor esencial; en algunos aspectos, incluso más

decisivo que en el momento álgido de la confrontación ideológica que supuso la Guerra Fría. En efecto, lejos quedan ya los cantos, optimistas pero sumamente peligrosos —por inexactos, pero también y fundamentalmente por uniformizadores—, al final de la historia realizados sobre la cresta de la gran ola de los vencedores que generó la caída del Muro de Berlín. Muy pronto la Historia volvería a reclamar su protagonismo —back to history as usual— en Yugoslavia, en Ruanda, en Haití, en Chechenia, etc.; mientras que en otros lugares la Historia nunca dejó de cobrar su terrible tributo, como en Palestina, en Sudán o en Cachemira, aunque algunos no lo quisieran ver. Y en ella seguimos.

En efecto, desde luego no cabe de ninguna manera hablar de la muerte de las ideologías, puesto que ello sería lo mismo que predicar la desaparición misma del ser humano. Por otro lado, elementos que forman parte de este factor espiritual o inmaterial, han adquirido en las últimas décadas una importancia creciente, que viene a sustituir a las ideologías tradicionales como elementos explicativos del comportamiento de muy distintos actores en las sociedades internas, pero también en la internacional. Dos de ellos, muy ligados entre sí, por otra parte, merecen una mención especial: la religión y el nacionalismo como ámbitos en los que se proyecta la identidad propia y distinta de los demás.

En una de sus frases más célebres, André Malraux dejó escrito que “el siglo XXI será religioso o no será”. Palabras del autor de “La condición humana” que, en este inicio de siglo, están resultando proféticas en grado sumo. En efecto, no sólo la religión en sentido amplio, el opio del pueblo en palabras de Marx, está experimentando un renacimiento en todos los ámbitos y rincones del mundo, sino que, y sobre todo por lo que aquí interesa, ese renacimiento está suponiendo también un auge inusitado de los fundamentalismos religiosos de toda índole: de grupos protestantes, católicos u ortodoxos —entre el Cristianismo—, judíos o islámicos, pero también hinduistas e, incluso, budistas. No en vano, el integrismo religioso se encuentra, como sabemos, entre los factores explicativos de no pocos conflictos internos e internacionales.

En segundo lugar, el final de la Guerra Fría trajo consigo en Europa y, quizás con rasgos propios específicos, también en el resto del mundo, el resurgir del nacionalismo, a menudo en su vertiente más radical y excluyente, que supuso la división de Estados en Europa — una vez más fragmentada tras el final de una nueva guerra, aunque en este caso fuese sólo fría—, en ocasiones a través de procedimientos pacíficos y ordenados, pero en otras generando conflictos armados de enorme envergadura. Fenómeno del que no se han librado siquiera los Estados nación más tradicionales como la propia Francia, Reino Unido o España, ni otros más modernos como Canadá, Italia o Bélgica.

El auge de ambos fenómenos, religión y nacionalismo, se explica desde el poder mismo de la identidad. En un mundo en el que las ideologías tradicionales han ido perdiendo importancia, en el que el orden bipolar ha desaparecido y ha dejado paso a un vacío, a un desorden que bien puede denominarse, con Ramonet, geopolítica del caos, los individuos se refugian en identidades primarias donde encuentran la seguridad del grupo: religión, étnia, nación. Como afirma Castells:

En un mundo de flujos globales de riqueza, poder e imágenes, la búsqueda de la identidad, colectiva o individual, atribuida o construida, se convierte en la fuente fundamental de significado social. (...) la identidad se está convirtiendo en la principal, y a veces única, fuente de significado en un periodo histórico caracterizado por una amplia desestructuración de las organizaciones, deslegitimación de las instituciones, desaparición de los principales movimientos sociales y expresiones culturales efímeras. Es cada vez más habitual que la gente no organice su significado en torno a lo que hace, sino por lo que es o cree ser

Libertad, democracia y seguridad.

La convicción de que la seguridad es garantía de la libertad y de la democracia pero que sin libertad y sin democracia no puede existir seguridad constituye uno de los principios ideológicos de la sociedad occidental, sobre los que se levantan sus estructuras jurídicas, económicas y políticas. Se trata de una idea que vive un proceso de universalización en una doble dirección: hacia el interior de las naciones, como una aspiración allá donde la democracia todavía no es una realidad y como un valor a mantener y profundizar en los Estados democráticos constitucionales; y hacia el exterior, como el fundamento de las relaciones internacionales y de la conquista de la paz. Pero es también una idea amenazada, tanto por quienes contraponen libertad y orden, como por los que basan las relaciones sociales e internacionales sobre los principios de la fuerza y del dominio. No obstante, entre libertad y orden no puede haber oposición porque ambos exigen la presencia del otro para existir.

Sin orden, los individuos y las naciones no disponen de un marco de legalidad y estabilidad que permita actuar conforme a sus deseos, intereses y posibilidades sobre la base del respeto del otro y, por tanto, progresar y desarrollar con plenitud sus potencialidades. Y sin libertad, el orden, además de ser moralmente injusto, impide el ejercicio de todas las capacidades individuales y sociales y expone a las naciones a la amenaza del enfrentamiento y la subversión porque sólo se puede imponer mediante la coacción, originando, en consecuencia, conflictos que pueden ser violentos y adoptar incluso la forma extrema de guerras civiles e internacionales.



La noción multidimensional de la seguridad.

Se trata de una noción multidimensional y global de la seguridad que supera su identificación con la defensa exclusivamente militar de los intereses nacionales. No obstante, a pesar de constituir un pilar fundamental del pensamiento democrático, sólo se ha comenzado a imponer en el debate público y la agenda política de las naciones democráticas tras el final de la guerra fría .

Así, la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa relacionó nítidamente la seguridad y la paz internacional con el respeto de los derechos humanos y las libertades fundamentales y la solidaridad y cooperación económica y medioambiental en la Cumbre de Helsinki de 1992. Profundizando en esta línea, la Carta sobre la Seguridad Europea firmada por los países miembros de la OSCE el 19 de noviembre de 1999 en la Cumbre de Estambul describe las dimensiones humana, político-militar, económica, medioambiental y jurídica de la seguridad como un conjunto integrado basado en la igualdad asociativa, la solidaridad y la transparencia .

La OTAN también declaraba en su revisión del concepto estratégico de la Alianza de 1991 que se imponía una concepción amplia de la seguridad y la estabilidad a la vista de sus dimensiones política, económica, social y medioambiental, además de la militar . Los estudiosos de la seguridad también se han hecho eco y propiciado esta transformación. Buzan, Weaver y de Wilde establecieron en un riguroso estudio publicado en 1998 que la seguridad, entendida como el desarrollo de acciones de emergencia y excepcionales más allá de los límites normales del procedimiento político, tiene cinco caras .

La faceta militar consiste en hacer frente a amenazas militares internas y externas de coacción o de invasión en las que entran en juego tanto aspectos objetivos (la capacidad militar de otro Estado) como subjetivos (la percepción de la amenaza); así como a amenazas no militares (migraciones descontroladas y masivas, acciones de ideologías rivales y fanatismos...) recurriendo a la fuerza como elemento de disuasión o incluso mediante un uso real. La dimensión política de la seguridad tiene como fin la estabilidad de los principios de legitimidad y el sistema político y de gobierno del Estado frente a amenazas internas de diversa intensidad: desestabilización de las instituciones, subversión, golpe de Estado, secesionismo...

El aspecto económico de la seguridad se relaciona con un disfrute de los recursos naturales y financieros y un acceso a los mercados que permita conseguir y mantener unos niveles aceptables de bienestar. La dimensión social de la seguridad persigue descubrir las vulnerabilidades que afectan a su cultura e identidad comunitaria y hacer frente a amenazas tales como influencias culturales,

migraciones masivas, genocidios... Y, finalmente, la faz medioambiental de la seguridad busca mantener la biosfera local y planetaria en condiciones que permitan desarrollar la existencia humana presente y futura, preocupándose por los problemas medioambientales que pueden ocasionar las guerras (por ejemplo, guerra nuclear, guerra bacteriológica, guerra química...) y como desencadenantes de conflictos (por ejemplo, el acceso al agua).

De todo esto se deduce que si la seguridad es multidimensional y actúa en un mundo global, sus problemas no pueden resolverse desde una dimensión exclusivamente militar que tenga como protagonista principal el Estado-nación, sino desde un ámbito y con una perspectiva internacional que atienda todos sus elementos entrelazados en una red de interdependencias. El poderío militar ya no es el elemento decisivo de una seguridad total y prolongada en el tiempo, sino la apuesta por políticas preventivas más que reactivas para resolver los conflictos, actuando sobre las causas que los originan

La inteligencia para la seguridad y la defensa.

Trazado el marco en el que actúan los servicios de inteligencia y fijada su necesidad, ya disponemos de los elementos de juicio necesarios para, de acuerdo con el modo de análisis basado en las 7 w (*what? who? when? where? why? how? what for?*) preguntarnos y comprender qué es la inteligencia para la seguridad y la defensa en un Estado democrático, quién, dónde y cuándo crea esa inteligencia, cómo se crea a partir de la obtención y transformación de información en el denominado ciclo de inteligencia y por qué y para qué se crea y qué consecuencias tiene su creación, es decir, cuál es su función y qué elementos condicionantes giran en torno a ella.

Las materias de la inteligencia.

De acuerdo con su marco de actuación, se suele distinguir entre inteligencia exterior: destinada a conocer las fortalezas, las debilidades y las posibles líneas de acción de otras naciones y organizaciones o grupos foráneos; inteligencia interior: dedicada a obtener conocimiento sobre personas y grupos organizados que actúan dentro de la nación contra la estabilidad de las instituciones, generalmente por medios violentos; y contrainteligencia, orientada a descubrir y neutralizar la actividad de los servicios de inteligencia extranjeros dentro del país. Sin embargo, esta división entre tipos de inteligencia, que se manifiesta en la estructura de los servicios de inteligencia de numerosos estados y que desde un punto de vista didáctico es muy útil para la comprensión de su acción, ha entrado en crisis con la multiplicación de las realidades de las que deben ocuparse estos servicios y el desarrollo del fenómeno histórico de la globalización.

Por ejemplo, las diferencias entre terrorismo nacional e internacional son en muchos casos inexistentes o existen estrechas conexiones con otros asuntos como el tráfico de armas y de drogas y el blanqueo de dinero.

Asimismo, no es correcto identificar la información estratégica producida por los servicios de inteligencia con la inteligencia militar, ya que esta sólo es una especie de la primera practicada por las Fuerzas Armadas, orientada a la organización de la defensa militar, a la vigilancia del ejército de un enemigo potencial o real y a la preparación y el desarrollo de operaciones bélicas. Las diferencias no radican ni en las fuentes ni en el modo de trabajo ni en el carácter civil o militar de los miembros de los servicios de inteligencia, sino en el objeto, el ámbito de actuación y el uso de la inteligencia.

El segundo carácter de la naturaleza de la inteligencia es que no se trata de una simple suma de datos recopilados a partir de diversas fuentes, sino que es el producto de un determinado modo de conectar y analizar esos datos por parte de los analistas de los servicios de inteligencia, para descubrir, comprender y valorar los hechos a los que remiten y prever su posible evolución, con el fin de suministrar conocimiento especializado y estructurado que permita al Estado tomar decisiones adecuadas y reducir los riesgos inherentes a toda acción. La información no es en sí misma inteligencia, sino solamente su materia prima.

En consecuencia, las claves para la producción de inteligencia se encuentran por igual tanto en la obtención de información como en el proceso de transformación de esta en conocimiento listo para ser utilizado como sostén de una decisión, que adopta generalmente la forma documental de un informe. Estas tareas de obtención, tratamiento, análisis, evaluación y transmisión de información pueden entenderse como un típico proceso de gestión del conocimiento. De ahí que definamos a los servicios de inteligencia como un organismo cuya razón de ser es crear un eficaz sistema de información, aplicando los procedimientos e instrumentos de la gestión del conocimiento, con el fin de suministrar al Estado conocimiento para la comprensión de su entorno, el ajuste de su estrategia, la adopción de medidas de intervención e influencia en la realidad y el desarrollo de operaciones de información y desinformación y de contrainteligencia en el terreno de la seguridad y la defensa .

Por consiguiente, a diferencia de la mayoría de los departamentos y oficinas del Estado, donde la gestión de la información es un mero elemento auxiliar de su acción principal, esta es la función y el instrumento fundamental de un servicio de inteligencia. El servicio de inteligencia se puede considerar una unidad de producción, integración y circulación de conocimiento.

El secreto.

Como apunta Herman, el secreto es el sello de la inteligencia: la base de su relación con el gobierno y la sociedad y de su propia autoimagen. La actividad de recogida de información sobre la que descansa la posterior labor de los servicios de inteligencia es fundamentalmente clandestina, que no ilegal, por el carácter de sus materias, de lo que se deriva la necesidad de proteger y mantener ocultos misiones, agentes, fuentes, métodos e instalaciones. También es necesario salvaguardar del público el conocimiento de alto valor añadido elaborado a partir de esa información, tanto por el carácter y la importancia de las decisiones que se deberán adoptar con éste como para no desvelar a los posibles enemigos contra los que se actúa, que se dispone de él. Lo secreto es un rasgo esencial de la naturaleza de la inteligencia para la seguridad y la defensa, por lo que, como apunta el ex agente de la CIA, Win L. Taplin, es redundante hablar de inteligencia secreta, ya que el adjetivo se encuentra implícito en el sustantivo.

Esto no significa que la inteligencia no utilice fuentes de información públicas, cuya importancia se ha revalorizado en la actualidad debido a la variedad de asuntos de los que se ocupa, o que no puedan participar en su creación expertos externos a los servicios de inteligencia; sino que en algún momento del proceso, la información elaborada debe ser clasificada como secreta y enviada por canales exclusivos a las autoridades pertinentes.

Pero el secreto no es un valor absoluto, sino que es relativo y tiene diversos grados, ya que la protección que se da a cada elemento del proceso de producción de inteligencia no es siempre el mismo y, además, puede variar en el tiempo, de acuerdo con la evolución de factores internos y externos a los propios servicios de inteligencia. Un debate de actualidad es cómo conciliar el necesario carácter reservado y secreto de la inteligencia, que garantiza el cumplimiento de su misión, con la consideración de la democracia como un libre espacio público de comunicación y el derecho a la información.

¿Puede existir seguridad cuando se hurta a los ciudadanos parte de la información que maneja el Estado? ¿Se garantiza la seguridad y la libertad si el Estado da plena publicidad a todas sus acciones, cuando existen otros Estados u organizaciones capaces de amenazar la seguridad de los ciudadanos y enemigos internos de la ley que conspiran en secreto? ¿Es legítima la existencia de espacios secretos en un sistema constitucional democrático? ¿Cómo se deben regular esos espacios y limitar los efectos negativos del secreto?

Apasionantes cuestiones con implicaciones políticas, jurídicas y éticas, que escapan al objetivo de este trabajo.

Planificación.

La planificación consiste en determinar las áreas de interés estratégico del organismo para el que actúa el servicio de inteligencia y las necesidades de información concretas requeridas por sus responsables. Es una etapa crucial, ya que la inteligencia es el resultado de un proceso metódico que se origina en las necesidades de información de los usuarios . Las áreas estratégicas se fijan mediante la identificación y la clasificación en niveles de prioridad de los ámbitos de actuación del servicio y sobre qué se desea información, de modo conjunto por los responsables del servicio de inteligencia y de los órganos políticos y, en su caso, militares, a los que sirven.

Posteriormente, el servicio traduce esas prioridades en necesidades generales de información, clasificadas en diversas áreas, y analiza los rasgos de los entornos informativos externo e interno de la organización; atendiendo, fundamentalmente, al tipo y el contenido de la información que se puede adquirir y a la disponibilidad y fiabilidad de las fuentes y los cauces de comunicación. Asimismo, se intenta deducir a partir de esas necesidades generales, posibles demandas concretas de información, con objeto de poder responder en el tiempo más breve posible cuando se produzcan e incluso de anticiparse a su formulación. Se trata de distinguir entre necesidad de información, que existe en los usuarios siempre de carácter general, y demanda de información, de carácter específico y planteada formalmente .

Esta distinción permite clasificar la inteligencia que se produce al final del ciclo en tres tipos, según el momento de su utilización: básica, actual y estimativa. La inteligencia básica tiene un carácter general y es de relativa permanencia, obedece a las necesidades generales y estratégicas de la organización, por lo que intenta conocer todos los aspectos de cada uno de los objetivos fijados por las directrices de inteligencia, con el fin de permitir responder a demandas de información concretas.

La inteligencia actual tiene dos funciones: mantener al día la inteligencia básica con datos nuevos, para lo que adopta la forma de boletines periódicos, generalmente diarios, sobre cuestiones específicas de interés habitual; y responder de modo rápido y preciso a una petición de información sobre una cuestión de actualidad o hechos concretos que se deben conocer para la toma de una decisión, con los datos disponibles o mediante un proceso de búsqueda ad hoc con los recursos que se poseen.

Y la inteligencia estimativa se dedica a determinar, ante una situación concreta y a petición del usuario del servicio, la posible evolución de esa situación y las posibilidades de actuación de los elementos involucrados en ella, a partir de los

datos de que se dispone, con el fin de que el destinatario realice su propia predicción y, de acuerdo con ella, tome una decisión .

Toma de datos: medios de obtención y tecnologías asociadas .La fase de toma de datos consiste en la adquisición, selección, autenticación y reunión de datos e información en bruto mediante medios tecnológicos, humanos o documentales sobre la actividad y evolución de los objetivos a seguir. Los datos que se obtienen son el resultado de una tensión dialéctica entre lo que se desea, lo que se puede conseguir con los medios de que se dispone y el producto de la reflexión tras la fase de análisis sobre que datos han sido útiles.

Medios tecnológicos.

Sistemas de búsqueda y transmisión de señales electromagnéticas en cualquier onda y frecuencia. Se dividen en dos tipos: de interceptación, descryptación y análisis de comunicaciones por ondas radiotelefónicas y radiotelegráficas mediante estaciones receptoras desconocidas por el emisor y la aplicación de tecnología de reconocimiento de voz con el fin de averiguar su identidad; y de recogida y reconocimiento de información por medios electrónicos como radar, sensores microfónicos y ultrasónicos, aviones espías dotados de sistemas de control y alerta aerotransportado (AWAC), satélites de reconocimiento electrónico ("hurones") destinados a captar comunicaciones, vigilancia telemétrica de lanzamiento de misiles...

Cuando estos sistemas se aplican en el ámbito militar, el acopio de datos puede tener una dimensión táctica: localización e identificación de emplazamientos de armas y de efectivos concretos de un ejército enemigo real o potencial; o estratégica: vigilancia continua de la totalidad de un ejército y su despliegue

Sistemas de vigilancia de radiaciones procedentes de equipos o sistemas, tales como motores de ignición, líneas de conducción de energía eléctrica...

Sistemas de obtención y análisis de imágenes mediante fotografía aérea realizada por aviones de detección y seguimiento de objetivos terrestres fijos o móviles (JSTARS) provistos de videografía y termografía y por satélites espaciales. La actual precisión y resolución de los imágenes permite localizar efectivos militares, fábricas y emplazamientos de armas, maniobras... Las cámaras del satélite espía Big Bird puede identificar objetos de tan sólo treinta centímetros.

Sistemas de interceptación y análisis de comunicaciones electrónicas como programas de rastreo de mensajes electrónicos (por ejemplo, Carnivore), ruptura de

sistemas de seguridad de servidores de información telemáticos, control de transacciones de comercio electrónico...

Sistemas de información geoespacial destinados a proporcionar una representación geográfica ajustada de las zonas involucradas en una acción militar.

Medios humanos.

Por medios humanos de obtención de información se entiende aquellos donde la presencia y la acción del hombre tiene una función preponderante en la observación y recogida de datos. Hay dos tipos de personas involucrados: los oficiales o empleados de una agencia de inteligencia y las fuentes, que proporcionan al oficial información que éste transmite al cuartel general. El espionaje, la infiltración, el contacto con informantes y el interrogatorio (a viajeros, emigrantes, refugiados, trabajadores en el extranjero...) por agentes de los servicios de inteligencia son sus principales manifestaciones. Hay muchos problemas involucrados en este medio de obtención de datos: la seguridad de que la información que proporciona la fuente es cierta, el riesgo de los dobles agentes, la dificultad de penetrar en otros países, en especial si son régimen autoritarios, el riesgo de identificación y seguimiento de los agentes, la dificultad y el alto riesgo para infiltrarse en grupos pequeños (organizaciones terroristas y mafiosas) e incluso la necesidad en ocasiones de participar en delitos para ganarse la confianza...

El incuestionable protagonismo de la tecnología de la información para la seguridad y la defensa no debe invitarnos a sobrevalorar y sacralizar su importancia en detrimento de otras fuentes de información. La apuesta por una inteligencia de base tecnológica en detrimento de una tradicional centrada en los recursos humanos, con agentes rastreando información y procesando conocimiento sobre el terreno, ha destapado, sobre todo a partir de los fallos de seguridad que están detrás de los atentados del 11 de septiembre de 2001 y posteriores del terrorismo fundamentalista islámico, carencias de disponibilidad y formación de hombres y mujeres capaces de enfrentarse a estas nuevas amenazas terroristas.

La necesidad de los medios humanos para la obtención de la información es incuestionable, ya que en muchas ocasiones es el único sistema para conseguir información sobre algunos objetivos y, sobre todo, porque una fuente humana puede proporcionar las claves necesarias para interpretar los datos obtenidos mediante medios tecnológicos. El debate sobre cómo combinar medios tecnológicos y humanos de recogida de información está de actualidad.

Recursos documentales abiertos.

El tercer medio de obtención de información está formado por fuentes de información o recursos documentales abiertos, es decir, públicos (de pago o gratuitos): obras de referencia (enciclopedias, anuarios, quién es quién, directorios...), monografías, publicaciones seriadas (fundamentalmente periódicos y revistas de información), bases de datos, literatura gris, sitios y páginas web, fotografías y cualquier otro documento impreso o electrónico de acceso y uso público en cualquier idioma, con datos políticos, geográficos, económicos, militares, científicos, técnicos, sociológicos, etc. Su uso recibía escasa atención hasta hace poco tiempo pero su análisis mediante el cruce de datos constituye ahora una parte sustancial del trabajo de inteligencia, donde la aplicación de los conocimientos y las habilidades de los documentalistas son necesarios para su búsqueda y selección y para la representación y organización de su contenido.

La complejidad de las acciones para conseguir información sobre el terreno animó en un principio al uso masivo de las fuentes abiertas, que siempre habían estado presentes en el proceso de colecta, si bien en un segundo plano y con una función complementaria respecto a la acción de los agentes de inteligencia sobre el terreno y los informantes. Pero la enorme cantidad, variedad y riqueza de los contenidos de estas fuentes les ha concedido un lugar por derecho propio, en ocasiones en un mismo nivel de importancia y en otras incluso superior respecto a otros cauces de obtención de información; hasta el punto que las arriesgadas y costosas, en términos económicos y políticos, misiones humanas sólo se justifican cuando la información no se puede lograr por los medios tecnológicos y documentales. Es un axioma que no se debería recoger información pública mediante medios clandestinos.

La necesidad de una inteligencia europea.

Desde el punto de vista individual, es decir, de los estados, la contestación es obvia. En una organización multinacional sigue siendo igual de necesaria, lo que sucede es que las dimensiones y los obstáculos crecen en cualquier proyecto supranacional. Si a veces es muy complicado coordinar dentro del país todo el flujo de información, cuánto más al salir de nuestras fronteras. Claro está que las ventajas cuando se resuelvan las dificultades van a ser muy grandes.

Si existiese una inteligencia Europea única y las naciones compartiesen con eficacia la información evaluada, que poseen en todos los campos económico, tecnológico, industrial, policial, militar, etc..., se habría dado un paso de gigante en el proceso de construcción europea. Significaría que se están compartiendo secretos e intimidades que incrementan el clima de confianza y refuerzan la unión.

La UE mira hacia el futuro como no podría ser de otra forma. En el pasado sentó sus bases sustentadas en la economía y desde esa cuna se pretende crecer. Todo esto salvaguardando la seguridad que significa desarrollo o, dicho de otra manera, no puede haber desarrollo en un clima de inseguridad. Y la seguridad se debilita con la falta de información.

¡Para crear seguridad la inteligencia es imprescindible! Europa ha avanzado en muchos aspectos en su compleja búsqueda de una Unión que debe enlazar estrechamente a 27 naciones soberanas en breve, pero ¿cuál ha sido el progreso en cuestiones de inteligencia? Da la sensación de que continúan muy ceñidas al ámbito nacional. Hay un pudor, una precaución muy marcada a revelar, a compartir, aunque se prospere en otros aspectos. Las naciones y al igual las organizaciones, dependiendo del papel que quieren jugar, deben aceptar las responsabilidades a asumir. Cualquier nación, Alianza o Coalición ad-hoc, procedimiento en candelero últimamente cuando las alianzas no funcionan, va a ser juzgada por sus hechos más que por sus promesas y en resumen en cuestiones de inteligencia europea nuestra credibilidad dependerá de nuestras capacidades en este campo.

Los conflictos en cualquier parte del mundo pueden afectar a los intereses de una comunidad por alejada que esté. El nivel de sus consecuencias es el que marca el compromiso en el asunto. Europa para ejercer su influencia y liderazgo quiere involucrarse en los asuntos desde una óptica mundial más allá de sus fronteras naturales. El “tsunami” es una enorme ola que tiene su periodo y que arrasa sus zonas de impacto, pero también llega en sus consecuencias allá cuando sus efectos no son amortiguados. Esto sucede en un mundo globalizado, donde es difícil estar al margen.

La Inteligencia, a pesar de los fracasos, se ha mostrado como elemento fundamental en los últimos conflictos o crisis. En muchas ocasiones, es cierto, han sorprendido los acontecimientos, “la tozuda realidad” de Lenin, y ha sido difícil de explicar a la opinión pública los errores cometidos. Sin embargo, hay quien opina que los mejores resultados o prestaciones de los servicios de Inteligencia es preferible que los juzgue la Historia y que por el momento pasen como simples golpes de fortuna.

Una Inteligencia común es necesaria por los intereses comunes a preservar. España tiene unos “intereses básicos de seguridad”, conforme a la Revisión Estratégica de la Defensa y comparte con sus vecinos europeos y el resto de los Aliados el objetivo global de contribuir a la estabilidad y paz internacionales. Quiere esto decir que tenemos intenciones comunes, que estamos muy interrelacionados, y dependemos los unos de los otros, que de alguna manera los

obstáculos, riesgos, amenazas que pueden hacer peligrar esos intereses también son comunes.

Sin embargo no acabamos de decidirnos a compartir la información o hacerlo con la intensidad adecuada. No es que Europa necesite otro pilar que sea una Inteligencia común, sino que los tres pilares deben reforzarse por una Inteligencia que sea una muestra tangible del compromiso Europeo común. La cuestión sobre si hace falta una política de Inteligencia implica algo más que un *modus vivendi et operandi* porque cualquier elección en el compartir Inteligencia va unida a valoraciones específicas en materias de estrategia y seguridad. Una política de Inteligencia europea es necesaria porque el debate político sobre el tema ha comenzado ya y existe el riesgo de que se concentre en temas muy cortos y además, un debate no bien informado típicamente corre riesgos de transcurrir erráticamente y llegar eventualmente a conclusiones que no sirvan de gran ayuda. Una Inteligencia común es necesaria por el proyecto común, su contribución a la seguridad, credibilidad, capacidad de influir, defensa de intereses y por la existencia de amenazas también comunes.

Las amenazas y los enemigos.

Habría que preguntarse cuáles deben ser los objetivos de una Inteligencia Europea común, hacia donde va enfocada. La Inteligencia tiene que ser el resultado de evaluar la información disponible sobre el enemigo; ése ha sido al menos el propósito clásico. La inteligencia elaborada, “el producto”, tiene que servir para prevenir peligros, vigilar comportamientos, adivinar intenciones, para defender nuestros intereses con anticipación, si es posible, con cierta perspectiva. Los mercados son globales, los medios de comunicación llegan o cubren todo el planeta, pero ¿podemos hablar de amenazas globales? Cuando vivimos la globalización como fenómeno y producto principalmente de los avances tecnológicos en el campo de los medios de comunicación y el transporte, que han reducido el “tamaño del planeta Tierra” hasta vernos todos envueltos en las mismas vicisitudes, también sufrimos amenazas globales que pueden afectarnos a todos.

En este mundo globalizado los EEUU son la única potencia dominante desde la caída del muro, como el llamado gran actor militar, pero también en el terreno de la alta tecnología. Tienen unos servicios de Inteligencia muy complejos, en plena reestructuración, y generosamente potenciados en estos dos últimos años, al menos en cuanto a presupuestos.

El hecho de verse sorprendidos por ataques terroristas en su propio territorio, en enclaves emblemáticos, preparados y ejecutados con medios del propio país, haciendo uso de las facilidades del propio sistema, ha sido un duro golpe, que puede

llevar a situaciones de pánico generalizado cuando se habla de amenazas de armas de destrucción masiva, ataques químicos, bacteriológicos, etc...

El terrorismo nuclear o biológico que hasta ahora, gracias a Dios, nunca se ha producido podría tener consecuencias mucho más graves. En un informe preparado por el NATO Committee on Psychological and Social Consequences Of Chemical Biological and Nuclear Terrorism, los expertos expresan su opinión en el sentido de que los ciudadanos deben estar preparados de modo práctico y psicológico para está amenaza, que puede prolongarse durante un periodo largo de tiempo. Fundamentalmente se concentran en dos escenarios.

El primero abarca la comunicación sobre los riesgos futuros. La intención es educar e informar al público, incrementar la vigilancia, pero sin aumentar la ansiedad y tener cierta elasticidad. El segundo se refiere a los comunicados posteriores a los actos terroristas, donde el primer objetivo es dar información tan rápido como sea posible, pero sin incrementar la ansiedad nada más que en el nivel preciso y continuar manteniendo esa elasticidad. El crimen organizado, el tráfico de drogas, la proliferación de Armas de Destrucción Masiva (WMD), el tráfico de armas convencionales y materiales radioactivos, la inmigración ilegal, todas estas actividades controladas por grupos organizados y entrelazados en complejas tramas y pactos de interés que les hacen fuertes y difícilmente anulables forman parte de las actividades que amenazan a la parte del mundo que no quiere obrar de esa manera. Se amparan en gobiernos débiles, obteniendo el máximo provecho de las coyunturas políticas, aprovechándose de las desigualdades, injusticias y climas de insatisfacción y frustración, y también de los grandes errores de los más poderosos.

El intercambio de información en el campo de la inteligencia europea.

En Europa existe una amplia colaboración y cooperación entre los servicios de Inteligencia tanto civiles como militares y se amplía más en el nivel bilateral entre determinados países con lazos comunes e intereses complementarios, que han ido consolidándose con el tiempo. La cuestión es que pudiendo hablar de éxitos públicos en el terreno policial, judicial, inmigración ilegal y lucha antiterrorista todavía queda un amplio camino por recorrer.

Sobre todo aquí, cuando hablamos de organizaciones supranacionales, aparece la palabra interoperabilidad, la cual hay que conseguirla incluso en el ámbito del intercambio de información en tiempo real. Sin olvidar que dentro de las naciones a veces existen servicios diferentes y hay que conseguir también que sean interoperables. La compartimentación ha sido un mal común a muchos servicios de Inteligencia. A veces resulta chocante la mala o escasa coordinación

que puede existir en los servicios dentro de las propias naciones, según se deduce de las negativas experiencias acontecidas.

Conseguir una mayor interoperabilidad, compartir la Inteligencia libre de muchas de las limitaciones actuales es no sólo un reto sino un paso imprescindible para unir todas las energías que tienen los miembros de la Unión desperdigadas. Los países de la UE tienen medios y capacidades muy variadas, en un conjunto de naciones con muchas peculiaridades y años de Historia a sus espaldas. Hay países cuyo peso específico es pequeño y los hay más que forman parte del club de los siete grandes y son potencias nucleares.

Algunos como el Reino Unido gozan de relaciones especiales con los Estados Unidos. Los hay que ciñen las cuestiones de Inteligencia a pequeñas áreas, limítrofes con sus fronteras naturales y otros países europeos que extienden sus intereses a grandes zonas por fuera de las fronteras de Europa. Los hay afanados en disputas históricas con amigos y aliados. Con cuestiones todavía pendientes están muchos de ellos. En resumen sus intereses particulares son muy dispares. Aquí reside parte del problema. Además los más débiles tienen temor de compartir información, escasa pero muy valiosa para ellos, de sus zonas de influencia.

Hay también problemas de acceso a clasificaciones de seguridad, que significan acceder a cierto grado de intimidad de los estados. En muchas ocasiones se utiliza la justificación de la clasificación de seguridad para no pasar información. En todos los países existen leyes de rango nacional que regularizan el acceso a la información clasificada y que están amparadas por una legislación que tiende a proteger intereses nacionales. No son fáciles de superar, sin embargo únicamente una idea común puede eliminar las reticencias. Conviene no olvidar que si bien el producto final de inteligencia puede ser el resultado de un proceso muy complejo, lo cierto es que en todos los lugares tiene un origen común: como son las fuentes de inteligencia. Y las fuentes siempre se van a proteger.

También puede haber dificultades cuando los profesionales acostumbrados a sus métodos y sistemas no entienden la forma de trabajar en otros servicios. La Inteligencia requiere una completa especialización. Es un trabajo diario y delicado basado muchas veces en la experiencia.

Aunque estemos argumentando sobre la necesidad de avanzar más, convendría no ser desmesuradamente ambicioso. En cuestiones de Inteligencia, quizás más que en otro campo, la prudencia máxima es más que recomendable. Los errores pueden acarrear procesos de pérdida de la confianza mutua y retrasos posteriormente difíciles de compensar.

Siendo realistas el cambio no parece que se produzca a corto plazo. Sin embargo para avanzar en la construcción Europea hay que dar pasos aunque sean cortos, incluyendo mejoras en la colaboración, mayor interoperabilidad del intercambio de información y el acceso a la información clasificada

Capacidades y sistemas.

Las capacidades fundamentales generales en el campo de la inteligencia abarcan: los medios, las formas de obtener información y luego elaborar inteligencia, las estructuras de análisis, y los procedimientos para elaborar y también para intercambiar información. Los medios de obtención de inteligencia han evolucionado y los de mayor envergadura y coste son los ligados a la Inteligencia estratégica. Mejorar los medios comunes de obtención sobre todo en el ámbito estratégico se ha convertido en una necesidad para la UE en su papel de potencia mundial.

A mediados de los noventa el presidente de Francia afirmó que Europa tenía tres carencias que necesitaba cubrir para permitirse la libertad de movimientos de una superpotencia. Una de ellas era la Inteligencia estratégica.

El centro de satélites de la Unión Europea Occidental se creó en 1991 y alcanzó su plena operatividad en 1996. En la actualidad como Centro de Satélites de la Unión Europea produce Inteligencia disponible para los Estados miembros evaluando la información de imágenes de fuentes abiertas y otras fuentes clasificadas que pueden tener ambas uso civil o militar. Francia considera crítica la carencia de Inteligencia Estratégica pero no lo es tanto para otros países. Los EEUU en principio no tienen objeciones a que la UE cuente con medios de Inteligencia Estratégica. Una mejor Inteligencia Europea puede llegar a mejores acuerdos trasatlánticos, y probablemente el hecho de captar la información y evaluarla podría animar a los gobiernos europeos a pensar a más largo plazo en temas de política exterior, de lo que lo hacen en la actualidad Las naciones tienen sistemas pero no los comparten, o lo hacen muy parcialmente, y sobre todo, como se ha mencionado anteriormente, no son interoperables. En sus orígenes se han blindado precisamente para preservar su intimidad y por eso la interoperabilidad no está contemplada.

En cuanto a los medios de recoger información que tienen los países Europeos y la existencia de fuentes abiertas se puede afirmar que gran parte de la información la comparten muchos sectores. Al final, muchas veces, los resultados tienen que basarse en la contribución de una única nación y esta nación normalmente va a querer contraprestaciones, porque la Inteligencia que puede proporcionar no es sólo la de las fuentes abiertas, que sí pueden servir a veces como verificación. Quiere esto decir que el intercambio de información es un paso fundamental, pero depende mucho de la calidad de la información compartida.

Hay naciones con mayor experiencia y tradición en sus servicios de Inteligencia. Algunas tienen especialistas en temas concretos y además cuentan con más medios que elevan la calidad del producto. Sus redes de Inteligencia están ámpliamente distribuidas y su prestigio les hace llegar a información que otros no pueden imaginar. También puede que su presencia produzca recelos en algunos países y ahí es donde intervienen las negociaciones para el intercambio de información valiosa.

Existen tres niveles de inteligencia militar que corresponden a los tres niveles de conducción de las operaciones: nivel estratégico, nivel operacional y nivel táctico. En los tres niveles se precisa y se hace Inteligencia. Las actividades clásicas de Inteligencia en el campo militar técnico incluyen los aspectos siguientes: La inteligencia de señales (SIGINT), inteligencia electrónica (ELINT), inteligencia de las comunicaciones (COMINT) y la inteligencia de fuentes abiertas (OSINT). Estas actividades son comunes a los países de la Unión Europea y también en la Alianza. La colaboración, intercambio de información y la cooperación internacional permiten tener una base de datos en común, de gran utilidad y punto de partida esencial. Otros aspectos puramente militares de gran relevancia en la conducción de las operaciones son: la valoración de los daños en blancos y en el campo de batalla.

La inteligencia tradicional (HUMINT) siempre ha figurado también en esta clasificación técnica. Nunca fue abandonada, aunque es cierto que la tecnología ha ido ocupando un espacio y relegando a segundo plano la labor fundamental de los “agentes de campo”. Después del 11 septiembre ha vuelto a recobrar un papel que nunca debió haber perdido, por mucha tecnología que se posea. Requiere verdaderos y especialistas y tiene grandes riesgos, pero puede acceder a niveles que no pueden ser adquiridos por otras fuentes. En mi opinión la captura del ex presidente de Iraq ha sido una tarea muy compleja y gracias, entre otras razones, a la labor que están realizando los servicios de Inteligencia en Iraq a la finalización de las operaciones militares se ha conseguido este éxito.

En la actualidad no se puede hablar con rotundidad de Inteligencia Europea. Sí existe Inteligencia, que es la que proporcionan las naciones en cualquiera de las dos organizaciones que velan por los temas de seguridad y defensa como son la OTAN, con el componente trasatlántico, y la Unión Europea, ambas con fuerzas puestas a disposición, estructuras y experiencia en la resolución de conflictos.

En la Unión Europea se ha potenciado considerablemente todo lo que rodea la Inteligencia en los últimos años. Esta tendencia ya comenzó con la Unión Europea Occidental donde existe un Centro de Situación. Este organismo esta ligado al Estado Mayor Militar de la Unión Europea y a la Unidad de Alerta Temprana y Política de Planeamiento. No es un verdadero centro de inteligencia porque no tiene

las capacidades requeridas. Se alimenta de la inteligencia que le proporcionan los países. Tampoco la composición de su personal es suficiente en número para lo que requiere un verdadero centro de Inteligencia que satisfaga las necesidades futuras de la Unión.

Para optimizar el producto y sacar el máximo partido a los medios se requiere hablar de una arquitectura de la inteligencia. Se distinguen unas llamadas áreas funcionales de inteligencia donde aparecen: la gestión y coordinación de la recogida de inteligencia.

La cooperación internacional ante los nuevos riesgos.

En cualquier caso, es bien cierto que crece, día a día, el número de los países que perciben su destino y bienestar conectados a valores e intereses compartidos; y también lo es que su defensa exige la construcción de un nuevo orden mundial que, trascendiendo el realismo tradicional que desde Wesfalia ha venido regulando las relaciones internacionales hasta la caída del muro de Berlín, se asiente en un espíritu abierto a la cooperación multilateral, a políticas de seguridad compartida y de defensa colectiva, e incluso a procesos de integración de naciones estado en estructuras políticas supranacionales capaces de mantener posturas comunes, no sólo en los campos aludidos sino también en los de la economía y de las relaciones internacionales.

El marco de actuación y las funciones de los servicios de inteligencia.

Como es sabido, la misión de los servicios de inteligencia, tanto de hoy como de ayer, consiste en obtener información suficiente, contrastada, valorada y en tiempo oportuno, que sea útil para apoyar los procesos de toma de decisiones en orden a prevenir o superar las situaciones de crisis. De ahí que deban contar con las estructuras y capacidades necesarias para allegar, tratar y elaborar información acerca de cualquier situación en la que los conflictos de intereses entre estados exijan estrategias bien fundadas en los hechos y en sus significados.

Los principios esenciales que orientan la gestión de la información y la elaboración de inteligencia se mantienen vigentes, y lo mismo ocurre con los fundamentos metodológicos de lo que se conoce como Ciclo de Inteligencia, puesto que, este, no consiste en otra cosa que en el desarrollo de la secuencia lógica del pensamiento aplicado a la obtención de conocimiento. No obstante, no faltan quienes estiman que el ciclo de inteligencia clásico no se ajusta bien a la actual sociedad de la información, alegando que su secuencia es muy rígida y escasamente interactiva en la medida que apenas permite relación y contraste con grupos de reflexión externos, y permite escaso contacto entre los analistas y los

destinatarios del producto de su trabajo. De manera que, si estos últimos no quedaran satisfechos, tendrían que volver a recabarlos, obligando, así, a la repetición del proceso.

En la fase de obtención, las fuentes humanas (HUMINT) mantienen su primacía en cuanto se refiere a suministro de información privilegiada. Pero, como ya hemos tenido ocasión de comentar, el desarrollo explosivo de las nuevas tecnologías aplicadas a la información ha hecho aparecer nuevos ámbitos y procedimientos de acceso a ella a través de fuentes abiertas, que, si bien multiplican su volumen y exigen esfuerzos muy considerables para su adecuada explotación, como señala R. D. Steele, antiguo miembro de la CIA, en la sociedad de la información en la que hoy vivimos, resultan fundamentales para la labor de los analistas de los servicios de inteligencia.

De forma correlativa, también en beneficio de las tradicionales labores de inteligencia en sentido estricto (conocer para proteger y promover los intereses propios), y de Contrainteligencia (conocer para prevenir, detectar y neutralizar agresiones sobre los mismos), han surgido nuevas y poderosas herramientas aplicables a dimensiones que amplían los espacios, y que exigen nuevos procedimientos de obtención, tratamiento e interpretación de la información especial adquirida a través de ellas; lo que ha dado lugar a la aparición de conceptos relativamente recientes como los de inteligencia de señales (SIGINT), de imágenes (IMINT), acústicas (ACINT)... etc.

De manera que, en orden a la eficacia y a la economía de medios, la gestión de tan ingente volumen de información impone una rigurosa aplicación tanto de los principios tradicionales como de los medios que hoy ofrecen las nuevas tecnologías informáticas a las tareas de señalamiento de objetivos, a la construcción de los nuevos marcos de referencia —que han de mantenerse actualizados— y, en definitiva, a la realización de una labor de planeamiento de la obtención y de la elaboración de inteligencia, ejecutada de forma rigurosa, flexible, abierta a la complementariedad y a la cooperación entre las distintas agencias, tanto en el plano nacional como en el internacional, y capaz de adaptarse a la volatilidad de las situaciones, a los cambios imprevistos de escenario y a la aparición de nuevos riesgos y amenazas.

Condiciones para la existencia de una Comunidad de Inteligencia eficaz
Decíamos que una Comunidad de Inteligencia (CI) consiste en un sistema integrado por agencias y organismos relevantes en tal materia, coordinados por una estructura con esa específica función. Pero la coordinación no es sencilla, y su organización, aún orientada por criterios funcionales, puede conducir a resultados opuestos a los pretendidos: injerencias en las competencias propias de cada uno de

los actores, rigidez en los procedimientos de intercomunicación, distanciamiento entre productores y usuarios de inteligencia, escasez o proliferación excesiva de órganos específicos de coordinación de nivel intermedio, disminución de la intercomunicación horizontal, deficiente delimitación de los ámbitos competenciales por excesiva compartimentación o por indefinición de los puntos de vista adecuados a cada finalidad que fomenta la dispersión, las extralimitaciones y el trabajo redundante.

Compartir información procedente de fuentes abiertas o relacionada con las actividades de los individuos organizaciones y grupos legalmente intervenidas o reguladas por las distintas administraciones, sin menoscabo de los requisitos que exigen cumplir las leyes que protegen el derecho a la intimidad, y al margen de las trabas de carácter burocrático que puedan existir en algunos casos, no suele ofrecer excesivas dificultades. Otra cosa ocurre cuando se trata de compartir o intercambiar información en bruto obtenida por fuentes HUMINT o mediante herramientas, sistemas y procedimientos técnicos especiales aún siendo, unas y otros, actuados conforme a ley. En este caso las dificultades aumentan considerablemente; en primer lugar, por razón de la propia sensibilidad de tales fuentes y por la correlativa necesidad de protegerlas. En segundo, porque, determinadas informaciones en bruto se encuentran con frecuencia directamente relacionadas con operaciones en curso que podrían verse comprometidas al ser utilizadas por otras instancias. Y, por último — no se debe ocultar— a consecuencia de reticencias hacia la cooperación derivadas de celotípias, suspicacias y prejuicios (ciertamente no deseables) que existen entre las agencias e instituciones de todos los países y, en mayor medida, en aquellos con escasa tradición en materia de cooperación coordinada.

En materia de análisis, es decir, cuando se trata del intercambio del producto inteligencia, las dificultades son menores. Las difusiones suelen circular en horizontal con más facilidad tanto en el ámbito doméstico como en el internacional. Las dificultades surgen aquí cuando los órganos de análisis de las agencias centrales y las autoridades de coordinación de la CI han de elaborar inteligencia estratégica central integrando informes y documentos procedentes de las agencias y servicios miembros. Pero esto puede verse paliado o incluso superado —de hecho ya ocurre en los países donde existen— promoviendo, desde tales instancias, grupos de trabajo de análisis y evaluación participados por las agencias afectadas en cada caso.

No obstante lo dicho en relación con las dificultades derivadas del intercambio de información en bruto, la necesidad de actuar globalmente contra amenazas globales de tanta gravedad como el terrorismo transnacional, el crimen organizado de análoga proyección y en sus diferentes vertientes, aconseja la existencia de bases de datos interoperables en el seno de la comunidad, que, sin perjuicio

de que las agencias o unidades pueda establecer, en ellas, áreas de informaciones restringidas por razones de seguridad operacional, permitan el acceso a las restantes de los miembros de la CI que pudieran verse necesitados de ellas.

El modelo español.

España ha optado por desarrollar un modelo que descansa sobre la articulación de una Comunidad de Inteligencia integrada por: una agencia central, el Centro Nacional de Inteligencia (CNI); El Centro de Inteligencia de las Fuerzas Armadas (CIFAS), los servicios de información de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado, por aquellos otros organismos relevantes para la inteligencia que en su momento pueda determinarse, y por un órgano de coordinación establecido en el ámbito gubernamental: la Comisión Delegada del Gobierno para Asuntos de Inteligencia (CDGAI)

España cuenta, pues, con los elementos esenciales para comenzar a construir su comunidad de inteligencia. La coordinación en esta materia no tiene tradición en nuestro país a consecuencia, quizá, de las vicisitudes de nuestra aún reciente historia predemocrática, en la que la atomización de los servicios y organismos con funciones informativas podían entenderse como un factor de estabilidad para el Estado. Y esto supone, ciertamente, dificultades no fáciles de superar, a corto plazo, si no se aborda la cuestión con ilusión y con generosidad.

Se hace, pues, necesario promover y desarrollar una cultura de inteligencia que sustituya la filosofía de la acción aislada por la de la intercomunicación y la acción concertada, desde el conocimiento y aprecio de la específica labor de cada instancia, de la complementariedad de unas y otras y de la trascendental importancia que para el éxito tiene una acertada acción de conjunto. Esto ayudará a desarrollar, en el seno de la CI, actitudes positivas que se verán reforzadas si, al tiempo, el conocimiento y aprecio de la labor que los servicios de información e inteligencia desarrollan en defensa de la paz y de la seguridad va creciendo en la sociedad a la que sirven. Las actitudes, como es sabido, inclinan a la acción dirigida al logro del objeto perseguido; y la acción continuada, coherente y coordinada desarrolla hábitos de cooperación que garantizan su eficiencia.

Pero aún existen otros elementos favorables a considerar a la hora de completar la arquitectura orgánica y funcional de la CI: los precedentes de las experiencias ajenas, de los aciertos y también de los errores de quienes anduvieron antes el camino. España ha sabido aprovecharse de ellos en otros ámbitos del desarrollo político, económico y social; y en el que nos ocupa, no tendrá que rehabilitar o reformar viejas estructuras con la secuela de rémoras que ello conllevaría. Podrá, por el contrario, levantar un edificio de nueva planta sobre los

posteriori desamplio.